

De entonces acá, hemos vuelto á la afición platónica, y los escritores que tanto se estimularon entonces, parece que cayeron á los profundos abismos del prosaísmo cotidiano: á la lucha por el pan los que viven de su trabajo en profesiones tan opuestas al arte como la burocracia, los registros, las notarías, la medicina ó el foro; á la *bonhomie* contemplativa é infecunda los que tienen asegurado el garbanzo por sus medios de fortuna. El afán de leer, y más todavía el de escribir, han menguado desde entonces de una manera inverosímil.

* *

La primera obra que publicó Ganivet fué *Granada la bella*, cuyo capítulo inicial apareció en *El Defensor* el 23 de Febrero de 1896.

Partiendo de aquel principio fundamental que ya expuse en otro párrafo, Ganivet censura con desenfado y valentía poco comunes la serie de manías que han convertido á las ciudades en campo experimental de los mayores absurdos y truenan contra la epidemia de reformas que han pasado casi todas las grandes urbes de Europa y que tardé y con daño ha venido á apoderarse de este humilde rincón granadino.

Las demoliciones y los ensanches, destruyendo á capricho barriadas enteras, tal vez las más interesantes desde el punto de vista del arte y la arqueología, han quitado á las poblaciones el sello espiritual que supieron imprimirlas sus habitantes, han destruido la fisonomía de cada una para convertirlas á todas en ridícula alineación de casas, manzanas y calles que nada inspiran al sentimiento y á la imaginación, como no sea la idea desconsoladora de la vulgaridad.

Este es sólo uno de los puntos de vista de la originalísima *Estética urbana* que aplicando los principios del sentido común á su amadísima ciudad, creó Ganivet en *Granada la bella*. La cuestión del alumbrado y la limpieza, la del agua, la de la educación popular, la del arte, en su diversos aspectos y con especialidad en sus relaciones con la naturaleza, la casa, los monumentos y la mujer, forman la gradación admirable que eleva en cada capítulo el interés de *Granada la bella*, que es la obra de un artista, un filósofo y un buen granadino, hecha de una pieza, como vulgarmente se dice, escrita á vuela pluma en dos semanas, y á pesar de ello, brillante y tersa de estilo, cuajada de pensamientos felices, y tratando por primera vez, al menos en España, cuestiones importantísimas de la más diversa índole; pero todas relacionadas íntimamente, como una de tantas facetas de la ley universal de armonía, que se muestra así en los dominios de lo meramente ideológico, como en la naturaleza, en la vida individual como en la vida colectiva.

Granada la bella no es sólo una "Estética urbana", es también un ensayo felicísimo de una ciencia que ahora empieza á mostrarse con caracteres propios y á recoger en un sistema de doctrina sus materiales antes dispersos, la Psicología colectiva. Ese ensayo lo aplicó Ganivet á lo que él más directamente tenía experimentado, su ciudad natal, y puede afirmarse que *Granada la bella* es el más completo y fino análisis del carácter granadino. Aunque las cuestiones se encuentran sólo esbozadas á pincelada larga, en este libro hay materiales sobrados para una construcción científica de excepcional im-

portancia y extraordinario desarrollo, que seguramente formaba uno de los planes de producción futura que se proponía Ganivet.

*
**

Poco más de un año después, á principios de verano de 1897, llegó á Granada, con el autor, un nuevo libro. Era este *La conquista del Reino de Maya*, que inicia el ciclo importantísimo de obras en que figura *Pío Cid*. El primer efecto que produjo *La conquista* entre los literatos granadinos fué de estupor: Ganivet había dado un salto inmenso, que á muchos pareció un salto en las tinieblas.

Sin embargo, y aunque á primera vista no lo parezca, tal vez la génesis de *La conquista* se pueda descubrir en *Granada la bella*. El objeto del estudio del autor en las dos obras es el mismo, la población. *Pío Cid*, con todos sus caracteres extraordinarios y sus no menos extraordinarias aventuras, dista mucho de ser el protagonista de *La conquista*; su influencia sobre los negros del Africa Oriental, entre cuyos lagos se supone el fantástico reino de Maya, se basa exclusivamente en sus dotes de adaptabilidad, y merced á ellas, explotando hábilmente el medio donde actúa, gracias á su cultura superior de europeo, *Pío Cid* va moldeando la masa; pero esta es en realidad la que se mueve, y la que con sus extrañas contorsiones de pueblo infantil que va poco á poco avanzando por el camino del progreso, teje la interesante y complicadísima trama de esta novela, que bajo la forma de narración de viaje encubre un tratado de Psicología de las multitudes, una crítica despiadada de muchos oropeles á que llamamos

civilización los europeos, y á la vez un sistema completo, dentro de la reducida extensión de la obra, de lo que antes se denominaba colonización y conquista y hoy disfrazamos con las palabras penetración é influencia.

Está ya bastante vulgarizada la idea de que los héroes tradicionales á que la historia primitiva de los pueblos atribuye las grandes hazanas, por cuyo influjo las tribus llegaran á constituir la ciudad y las ciudades otros organismos más perfectos, no son sino símbolos; y sus trabajos heroicos, la forma plástica, fácilmente trasmisible á las generaciones futuras, de los grandes esfuerzos colectivos, realizados por muchos hombres y en el transcurso de muchos años y aun siglos para ir consiguiendo estados políticos y sociales más perfectos. Un desarrollo de esta idea en forma novelesca es *La conquista*. *Pío Cid* es el símbolo de la evolución del pueblo Maya, y á afirmarme más sólidamente en esta opinión contribuye en primer término la extraña forma en que se verifica su aparición entre los negros, y la candidez con que estos se apresuran á unirlo con los prestigios de lo sobrenatural, y á esparcir por todos los ámbitos de la nación Maya la nueva estupenda de la resurrección milagrosa del elocuente Arimí, y su regreso de las sombrías regiones de Rubango, ó reino de la muerte.

Así como en *Granada la bella* se estudia el alma colectiva de un estado social superior, relativamente perfecto y en reposo, en *La conquista* el estudio se refiere á una sociedad rudimentaria, que da los primeros pasos y en la cual se ha iniciado el movimiento evolutivo. En esto se encuentra á la vez

la razón de las concomitancias y de las enormes disparidades de las dos obras á que me refiero: el fondo es el mismo; pero lo circunstancial es tan diferente como lo fueron las tribus nómadas de las nacionalidades modernas.

En *La conquista* hay mucho que estudiar: instituciones respetabilísimas aparecen en ella puestas en solfa de una manera despiadada. El lector que sólo sepa arañar la corteza del libro recibirá una impresión desconsoladora. Quien logre elevarse sobre sus preocupaciones, hallará en él mucho bueno y encontrará lecciones admirables sobre el justo valor de algunas cosas, que, presentadas completamente en cueros como las presenta Ganivet, descienden desde las alturas de grandeza á que las ha elevado la rutina, á los abismos de ridiculez en que quizás se halle su verdadero lugar. Diganlo sinó, la famosa danza de los uagangas, crítica sañuda del parlamentarismo, y la invención de los *rújús*, disección habilitísima de las instituciones de crédito.

La conquista concluye con el *Sueño de Pío Cid*, página hermosísima que quita el amargor de boca y es en pocas palabras una reivindicación completa de nuestros calumniados conquistadores y colonizadores. *Pío Cid*, vuelto á España, hállase paseando á las altas horas de la noche en uno de los patios del Escorial. Vencido de cansancio tiene una visión: es la sombra de Hernán Cortés que se le acerca familiarmente, y como antiguo conocido le saluda, instigándole á que publique la historia de sus aventuras en Maya.

—“¿A qué bueno pueden servir esos descubrimientos y esas conquistas, que no traen consigo nin-

gún provecho?—dice Pío Cid. Y la sombra de Cortés le replica:

—“¿Y en qué libro está escrito que las conquistas deban producir provecho á los conquistadores? ¿Qué utilidad trajeron á España las grandes y gloriosas conquistas de todos conocidas y celebradas? Ellas se llevaron nuestra sangre y nuestra vida á cambio de humo y de gloria. ¿Qué significa ni qué vale un siglo, dos ó cuatro de dominación real, si al cabo todo se desvanece y el más noble viene á quedar el más abatido y el más calumniado? Quizás nuestra patria hubiera sido más dichosa si reservándose la pura gloria de heroicas empresas hubiera dejado á otras gentes más prácticas la misión de poblar las tierras descubiertas y conquistadas y el cuidado de todos los bajos menesteres de la colonización. Por esto tu conquista me parece más admirable. No será útil á España, ni debe serlo; pero es gloriosa y no ha exigido dispendios que en nuestra pobreza no podríamos soportar. Los grandes pueblos y los grandes hombres pobres han sido, son y serán; y las empresas más grandiosas son aquellas en que no interviene el dinero, en que los gastos recaen exclusivamente sobre el cerebro y el corazón.”

Quien tan hermosos conceptos puso en labios del legendario conquistador que habla en las líneas copiadas, como hablar pudiera al personificarse en un hombre, es espíritu de la raza, era no sólo un filósofo genial y un escritor ilustre; era algo más noble; era un alma justiciera y un gran español.

* * *

En este terreno del patriotismo, aquilatado por las largas ausencias de su país, la percepción direc-

ta de la vida en el extranjero, y la comparación entre las cosas de su patria y la de otras naciones, Ganivet alcanza su mayor altura. Tocó de cerca mucho de lo que á nuestros ojos, y por razón de perspectiva se nos antoja maravilla, y lo encontró burdo y tosco, como telón de teatro; por una reacción natural de su espíritu recordó entonces la historia, las instituciones y el carácter de su patria, y las vió en su verdadero valor; ni tan bellas como durante siglos nos las ha presentado un optimismo ciego, ni tan deformes y tristes como los modernos Jeremías las ven ahora, al dar como inevitable en fecha muy cercana la ruina y destrucción de nuestra nacionalidad.

Ausente de su país, el fondo imborrable de espanolismo que atesoraba el granadino ilustre adquirió mayor relieve; estudió para su patria y para el honor de su patria como obrero incansable; y más español cuanto más lejos de España le empujaba el destino, escribió la obra más consoladora y de más noble hermosura, de más sano patriotismo y de más elevada filosofía política que se ha publicado durante el último siglo en nuestro país.

Esta obra es el *Idearium español*, libro que en poco más de ochenta hojas contiene la sustancia de centenares de volúmenes. La índole de las materias que contiene la concisión con que están expuestas, pues el *Idearium* es un compendio cuyo desarrollo aplazó el autor para más tarde, hacen difficilísimo dar idea de esta obra. Sin embargo, de estas dificultades, he aquí un extracto de extractos, una especie de quinta esencia del bellissimo libro.

Considerando la nación española como un gran ser

que vive en la Historia, dedica el autor la primera parte de su libro á analizar el espíritu nacional en todas sus fases: espíritu religioso, espíritu territorial, espíritu militar, espíritu jurídico, espíritu artístico; y del estudio de estas fases, que el autor explica llevando la convicción al ánimo de quien lo lee, pasa á examinar el desarrollo histórico de la nación y demuestra cómo por un extravío de las aptitudes naturales de nuestro espíritu, independiente y de resistencia como definitivamente peninsular, pero contrario al ideal conquistador que su territorio impone á los países continentales, España se lanza á la conquista y realiza una expansión militar como no se conoce otra en la Historia, abarcando con sus únicas fuerzas todo el mundo, y semejando por ello nuestra política internacional en la Edad Moderna, una rosa de los vientos.

No correspondía ni á nuestras aptitudes ni á nuestras fuerzas obra tan colosal, lograda á costa del empobrecimiento de nuestra vida interior y propiamente nacional que debe tener su asiento en la península, y tras la expansión vino la decadencia representada en un largo Calvario de cuatro siglos, que se inicia apenas llegado el apogeo de nuestro poderío con el descubrimiento y la conquista de América. Extraviado en esta forma el rumbo histórico de la nacionalidad, se pierden unas aptitudes y otras no llegan á su completo desarrollo, como ocurre en el arte español, cuyo siglo de oro es solamente un anuncio de lo que hubiera sido el genio nacional desarrollándose en su propia y natural esfera.

España, agobiada bajo el peso de sus grandezas, llega á la época presente debilitada y empobrecida;

apenas puede sostener el recuerdo de su antiguo esplendor, y sus últimas colonias (1) son para ella no un objeto de beneficio, sino pesada carga como lo fueron siempre, porque en el espíritu nacional no encarna la idea de la colonización como la entienden algunos pueblos, limitada á explotar la colonia, sino el sentimiento más noble de la asimilación de las razas y la propaganda de las ideas.

En estas condiciones hay que considerar cerrado nuestro periodo histórico que arranca de la toma de Granada, abandonar la antigua teoría que computaba la grandeza de las naciones por la extensión de su dominio material y entrar de lleno en otra evolución histórica cuyo principio tiene que ser la reconcentración de las fuerzas nacionales en sí mismas y el desarrollo de todas nuestras energías en el verdadero territorio de la patria, en el viejo solar europeo de donde ha de surgir la nueva fase de nuestra historia y la dominación duradera del genio de España en el mundo mediante la conquista ideal, ante la que son efímeras é infecundas todas las obras cimentadas en la fuerza. Hay que reconstituir en cierto modo la nacionalidad española, precisa la restauración espiritual de España, si hemos de cumplir la noble misión que nos corresponde en la historia futura, la que estaríamos cumpliendo, sin aquella distracción del espíritu territorial: la de constituir un centro de universal cultura que convierta á España en una Grecia cristiana.

*
* *

Al mismo tiempo que ordenaba Ganivet los mate-

(1) El *Idearium* fué escrito en 1897.

riales del *Idearium* y de *La conquista*, no desentendaba su colaboración asidua en *El Defensor*, y desde Helssingfors enviaba á este diario sus notabilísimas *Cartas finlandesas*, que comenzaron á publicarse en Octubre de 1896 y terminaron en Julio de 1897.

Esta es la obra de Ganivet en que hay menos elemento personal, pues se limita á dar noticia á los lectores de sus observaciones acerca de la vida y costumbres finlandesas. Es una obra curiosísima en la que se pone de manifiesto el fino espíritu observador y analítico de Ganivet; aunque por su índole se presta á las descripciones, éstas no abundan en las *Cartas*, por lo menos en la forma usual y corriente; Ganivet apenas se fija en la superficie de las cosas, no es un colorista; va derecho al fondo, al espíritu de lo que observa, y por esta razón sus descripciones toman, apenas iniciadas, un carácter reflexivo, de comparación de unas cosas con otras, de consideraciones tan luminosas acerca de lo que describe, que el objeto descrito se nos representa rápidamente y en su totalidad, á las primeras pinceladas. *Las cartas finlandesas* son una descripción orgánica, si cabe el empleo de esta palabra, del país á que se refieren; las cartas segunda, tercera y cuarta son por el asunto, (etnología, teoría constituyente y política general) las que alcanzan mayor altura; la carta vigésima es un admirable estudio de crítica literaria sobre el poema épico finlandés *Kalevala*, y todas las demás forman con éstas una obra sumamente interesante, de estilo amenísimo, que se apodera del lector desde las primeras páginas, y le interesa de tal suerte que no hay medio de dejar el libro sin llegar al final.

Una de las cualidades que más asombra en Ganivet, es la fecundidad de su inteligencia: las cuatro obras á que me he referido se escribieron en poco más de un año, desde Febrero del 96 á Mayo del 97; la labor que desde esta fecha hasta Noviembre del 98 realizó el autor, es no menos importante en calidad y cantidad, pues á este último período corresponden, además de los artículos que figuran en *El Libro de Granada*, publicado después de su muerte, y escrito en colaboración, los dos tomos de *Los trabajos de Pío Cid*, las monografías de crítica literaria *Hombres del Norte*, y el drama á que este incoherente trabajo sirve de prólogo.

Los trabajos son la obra de Ganivet sobre que se ha escrito menos. De un lado la indole de la obra, poco accesible á la primera lectura, y de otro la circunstancia de haber quedado por terminar, explica el silencio de los amigos y compañeros del autor. De *Los trabajos* puede decirse, como con razón decía uno de los más discretos apologistas de Ganivet, refiriéndose á la totalidad de su obra, que puede compararse á una estatua que el escultor hubiera comenzado á labrar por el pie, dejándola sin concluir; sólo se sabe de ella que tiene los pies en dirección á Oriente y que pisa firme. Adivinase por la belleza del fragmento la hermosura que hubiera llegado á alcanzar la obra terminada; pero lo más noble de ella, el contorno del pecho y de la cabeza, la expresión del rostro, quedó para siempre enterrado con el maravilloso artífice.

Los trabajos de Pío Cid es la obra más cuidada de Ganivet; puso en ella el autor sus mayores empeños, y aun parece que trató de reflejar en sus

páginas su propia vida. Lo imaginativo se mezcla en esta producción con lo histórico y real en términos que hacen dudar muchas veces donde acaba la autobiografía y da principio lo novelesco. Capítulos casi enteros hay en *Los trabajos* que reproducen con fidelidad fotográfica escenas y conversaciones que ante nuestros ojos se han desarrollado las unas, que aún suenan en nuestros oídos las otras, y llenándolo todo, el carácter enigmático, incoherente, con frecuencia contradictorio del protagonista. A veces Pío Cid semeja un andante caballero de nuevo cunco empeñado en desfaecer espirituales entueros; otras lo vemos complacerse en amargar á los que le rodean, lanzándolos, implacable, desde las cimas de la ilusión á la realidad impura que apaga los más nobles entusiasmos; su alma es una mezcla singular de cínico y de asceta, de sacrificios y de caídas, una perpetua contradicción, algo parecido al flujo y reflujo de las olas. En aquel carácter no hay más que dos notas permanentes: el desprecio de los intereses materiales y de las vanidades mundanas, y la serena tranquilidad con que son aceptados los vaivenes de la vida.

Pío Cid es un profundo estudio psicológico, y á la vez de moral y de filosofía universales; por el espíritu superior de aquel hombre, condenado á una vida oscura por su propia voluntad, van pasando todos los grandes problemas de la Ética; podrá participarse ó no del criterio moral con que el protagonista de *Los trabajos* los resuelve; pero hay que descubrirse con respeto ante la magnitud de la empresa acometida por el autor, la valentía con que hace lo que pudiéramos llamar disección de las almas

y el inmenso caudal científico de que alardea. *Pío Cid* es el espíritu del hombre moderno, atormentado por su propia cultura intelectual, el *Promotio* de nuestros días, encadenado á la roca de su limitación, roídas sus entrañas por el buitre de la duda.

La infinidad de complejísimas cuestiones que en este admirable y misterioso libro se proponen, anunciaba el autor á sus amigos que quedarían resueltas, y tal vez en sentido muy diferente del que por la lectura de los dos primeros tomos se pudiera colegir en el *Testamento de Pío Cid*, coronación y remate de la odisea de este Ulises del mundo moral.

El pensamiento íntimo de Ganivet quedó truncado por su prematura muerte; el espíritu de Pío Cid incompleto, y la obra transcendental del insigne granadino, velada por las sombras del misterio. La esfinge sigue muda, y dijérase que una vez más ha devorado al viajero.

*
**

Las ideas que expuso Ganivet en uno de los más interesantes capítulos de *Granada la bella* acerca de "lo viejo y lo nuevo," tienen su aplicación práctica á la literatura dramática en la genial producción que con el título *El escultor de su alma*, drama místico en tres autos, me envió desde Riga en Noviembre de 1898, días antes de su muerte.

Preocupándole la decadencia de nuestro teatro, hizo en *El escultor* una valiente tentativa encaminada á marcar los rumbos de la reconstitución posible del arte dramático mediante la adaptación de lo genuinamente nacional, lo que gloriosamente fructificó en siglos pasados, al espíritu de la época.

La representación de la obra, que fué un verda-

dero triunfo, dió lugar á los más apasionados comentarios, pues reconociendo todos su indiscutible mérito, diferían en cuanto á su fondo filosófico, y mientras unos, de acuerdo en esto con el pensamiento del autor, calificaban el drama como una producción que cabe dentro de la más pura ortodoxia, ya que el espíritu rebelde y antireligioso de *Pedro Mártir* queda vencido al final del drama, otros por el contrario le atribuían una significación demoledora y una tendencia completamente negativa, no faltando tampoco quienes, apartándose de las dos interpretaciones, entendieran que el fondo del drama no afecta á las creencias religiosas, y que todo él se reduce á una teoría estética desarrollada en una acción dramática.

En realidad *El escultor de su alma*, merece la calificación del drama *místico* que le diera su autor.

El pensamiento artístico que guió á Ganivet cuando lo escribía, ó mejor dicho, cuando lo pensaba, era el de adaptar los autos sacramentales del siglo de oro á las ideas y aspiraciones de nuestros días. Esta tendencia percíbese bien clara en el auto primero, ó auto de la fe, cuya versificación emula las esplendideces de la forma calderoniana, y el concepto aparece sutil, algunas veces alambicado y siempre de gran altura filosófica. El auto segundo, ó *del amor*, es de estilo más moderno, más plástico y por consiguiente más comprensible; y por último, el *auto de la muerte*, con que finaliza la obra, vuelve á afectar el sello de grandeza hierática que ya se percibe en el primero, y deja al espectador suspenso, atónito y deslumbrado.

La idea principal de este drama singularísimo es

también la auto-perfección del espíritu humano, conseguida mediante la lucha y el dolor; por eso le cuadra perfectamente la denominación de drama místico.

Pero al mismo tiempo *El escultor de su alma* es una creación grande y profundamente humana; en esta cualidad se halla el secreto de su fuerza dramática y su poder de fascinación sobre los públicos que ha de ir aumentando según transcurra el tiempo y el drama sea más conocido y se divulgue. Entre las cuatro figuras que intervienen en la acción y que han de tomarse como símbolos y no como figuras de carne y hueso (en cuyo último caso algunas escenas, de las más bellas ciertamente, no tienen explicación) sobresale la del protagonista *Pedro Mártir*, en quien Ganivet quiso encarnar el hombre natural. *Pedro Mártir* es un personaje al que no es difícil encontrar parentesco en la literatura dramática; pero en honra del autor y de la grandeza del tipo hay que decir que esos parientes de *El escultor* son las primeras figuras del arte universal, y se llaman *Prometeo*, *Edipo* y *El Doctor Fausto*. Las tres tienen con *Pedro Mártir* ciertos puntos de semejanza y ninguna se confunde con él; puede decirse que las cuatro figuras son otros tantos aspectos de una sola; la figura desolada del hombre, esclavo de la propia imperfección, combatiente siempre vencido y nunca domado, titán que trata de escalar el cielo por la conquista de la luz y prisionero eterno de las sombras.

En torno de esta colosal y novísima concepción del espíritu humano y de sus luchas, que aunque pretendiera explicarla no lo conseguiría, muévense

otras figuras simbólicas: *Cecilia*, personificación de la mujer creyente, y admirable contraste del espíritu rebelde de *Pedro Mártir*. *Alma*, la creación humana, hija de la razón y de la fe, y símbolo de la belleza ideal, y por último, *Aurelio*, en quien se sintetiza la vanidad del mundo y es la única figura pequeña del drama, que está todo lleno por las dudas y rebeldías de *Pedro Mártir*, las ternuras de *Alma* y la resignación heroica de *Cecilia*, junto á las cuales la mediocridad de *Aurelio* resuena como una calabaza hueca.

Aun cuando en el segundo tomo de *Los trabajos de Pio Cid*, alude Ganivet, al referir las sustanciosas pláticas del protagonista con sus amigos de la "Cofradía del Avellano," á una tragedia que parece ser *El escultor*, de la que dice tenerla ya escrita, aunque sin bautizar, yo creo que el drama á que me estoy refiriendo ahora, no estaba escrito en aquella fecha, que es la del verano de 1897, sino que se escribió después, ó por lo menos lo reformó el autor grandemente. Para ello me fundo en que Ganivet no era hombre que dilatase la publicación de sus obras, una vez escritas, y hasta Septiembre de 1898 no me habla en sus cartas particulares de *El escultor*; y por otra parte encuentro el fundamento á mi creencia en que la referida producción parece de los últimos meses de su vida, pues ya se observan en ella ciertos rasgos de pesimismo tan acentuados, una tendencia al absoluto reposo como felicidad suprema, y un tan grande desprecio de todo lo terrenal, que no parece sino que quien tales pensamientos concebía y expresaba, encontrábase ya casi des-

prendido de este mundo y mirando de frente el eterno arcano.

Al escribir este drama, como siempre que se elevaba á las puras regiones del ideal, Ganivet tenía el alma puesta en Granada, y así lo revela no sólo que el lugar de la acción es la Alhambra, á cuyos torreones está dedicado uno de los fragmentos poéticos más hermosos de la obra, sino que Ganivet quiso estrenarla en su tierra, y que los derechos de autor se dedicasen á aumentar el fondo disponible para erigir una estatua en esta ciudad al genial artista granadino Alonso Cano.

Por lo que hace á la forma literaria de esta audacísima y genial obra que cierra con broche de oro la producción de Angel Ganivet, no necesito hacer demostración alguna: pronto saldrá el que me leyere (si hay quien tenga esa paciencia) del erial de este difuso y desmanado prólogo, para entrar en el campo amenísimo de *El escultor*. En él, desde las primeras escenas, percibirá los destellos geniales de aquel soberano talento; en esas páginas comprenderá que no han sido la amistad y el cariño los que me han guiado en esta exposición de los méritos literarios de Ganivet, sino el sentimiento de la más sincera y estricta justicia.

Siento que á la grandeza de la obra que hoy se publica, no hayan podido corresponder mis fuerzas; pero quédame la satisfacción de haber dicho acerca de Ganivet y de sus libros admirables, lo que lealmente opino de ellos; las grandes lagunas que en la exposición y crítica de esas obras fácilmente hallará quien lea este prólogo, producto son exclusivo de mi limitación, en la esfera del conocimiento,

y aun también del tiempo, y sobre todo de la tranquilidad y reposo, indispensables para vencer en empeños de esta índole, que requieren laboriosa preparación.

Si engañado por el buen deseo he querido levantar una montaña, y la montaña me ha caído encima, que la benevolencia del lector me salve.

Francisco Seco De Lucena.

Granada, Mayo 1904.